**La diáspora y el estancamiento, Miami y La Habana: Afrontar los sueños y los dogmas**

Francisco Valdes

55 University of Florida Law Review 283 (2003)

<https://scholarship.law.ufl.edu/flr/vol55/iss1/11>

**Introducción**

La llegada discreta de Elián González a Miami el día de Acción de Gracias de 1999, y la controversia sobre custodia e inmigración que surgió poco después, cautivó no solo a Miami y La Habana, sino también al mundo entero. Colocó en relieve la condición de la nación cubana diaspórica. A medida que su caso se expandía, aquel niño fotogénico llegó a personificar y a encarnar para el mundo entero la imagen de una nación y un pueblo—de hecho, una familia—divididos por décadas de polaridades apasionadas. Esa imagen trágica, desafortunadamente, sí captura una parte significativa de las realidades cubanas, tanto en la isla como a lo largo de la diáspora. La experiencia de Elián ejemplifica una tragedia humana del siglo veinte tardío en niveles tanto micro como macro de la existencia humana. Pero esa imagen también reifica una comprensión burdamente simplista, y cada vez más inadecuada, de Cuba y los cubanos—nuevamente, tanto en la isla como a lo largo de la diáspora.

Es una reificación con la que he luchado toda mi vida—y que la situación prolongada de Elián colocó directamente frente a mí, como ningún otro evento lo había hecho antes. Nacido en Cuba, de padres trabajadores de clase media, pocos años antes de que Fidel y sus compañeros arrebataran el control del gobierno a sus predecesores, recuerdo aquella transición particular de poder desde la perspectiva de un niño de la edad de Elián. Sin embargo, lo que más recuerdo es cómo mi padre y mi madre discutían al respecto: él en apoyo de la Revolución como un medio de justicia social y ella advirtiéndole contra el llamado elegante pero engañoso sobre sus anhelos utópicos y los de los demás. Después de algunos encuentros aterradores con las fuerzas de la Revolución, me encontré en un avión a la edad de cinco años con mi primo (de seis años), con destino primero a Miami y, eventualmente, a un orfanato en Pueblo, Colorado. Aún recuerdo la curiosidad y la ansiedad que sentí entonces al ir a un lugar donde, deduje, todo—personas, árboles, autos, casas—sería de color rojo. Dentro de un universo en inglés, el nombre “Pueblo colorado” me remitió, literalmente, a un pueblo rojo.

Después de casi dos años de verdor y nieve—solo los ladrillos y el Jardín de los Dioses eran de color rojo—mi madre, mi tía y mi hermana llegaron desde Cuba. Mi primo y yo fuimos despachados hacia ellas, a Miami. Luego, todos vivimos a diario en torno a la expectativa de reuniones familiares eventuales y al compás de contactos telefónicos erráticamente periódicos. Durante los años siguientes, llegaron mi tío y mi padre. Así se creó un sentido gradual de reunión y restauración familiar. Durante todo ese tiempo, mi madre colmó a mi hermana y a mí con muchas expresiones de cuidado maternal, incluyendo discursos sobre la belleza de Cuba y la maldad del Fidelismo. A medida que entré en la adolescencia, quizá como un reflejo, me rebelé contra sus constantes diatribas anti-Fidel y critiqué su sentimentalismo por la Cuba pre-Fidelista como una defensa interesada.

 Fueron tiempos de debates intensos entre nosotros. Pero, aun cuando refutaba los discursos de mi madre, me parecía bastante claro que los regímenes opresivos son despreciables y, a largo plazo, empresas insostenibles. Incluso en aquella época de mi juventud, podía percibir este punto básico de manera personal en las realidades injustas de la vida cotidiana en Miami (y en otros lugares). También percibía con claridad que el régimen de Fidel era una de esas formas de empresa (y no por las diatribas de mi madre). Fue una observación independiente y, con el tiempo, una conclusión decepcionante.

Ya que Fidel, junto con sus aliados y acólitos, nunca ha estado dispuesto a arriesgar una pérdida o disminución de su poder y su estatus, sin importar qué, nunca he podido aceptar su monopolio extendido, indefinido y totalitario sobre todo el poder, la información y la riqueza en Cuba. Al mismo tiempo, me he sentido repetidamente decepcionado y repelido por el autoritarismo rígido e implacable de la política del exilio en Miami—un autoritarismo orwelliano que se perpetúa en nombre del pluralismo político y la libertad de expresión. Al crecer en medio de la fealdad creada entre estos dos polos—mis dos ciudades natales—no he sido capaz de abrazar ni reconciliarme con ninguno de los dos.

En muchos sentidos, por lo tanto, este ensayo trata sobre la dificultad de establecer una identidad arraigada y un espacio social para los niños que han llegado desde Cuba (o desde otros lugares) a los Estados Unidos—como Elián—a una edad muy temprana y en el contexto de una polarización estancada. Estos niños han sido obligados a desarrollar una identidad personal y nacional no solo en medio de una cultura escéptica y ajena, sino también frente a un conflicto ideológico estridente. Por ejemplo, entre las visiones del mundo bipolarizadas de las élites de La Habana y Miami, los campos enfrentados que han instigado y alimentado tanta hostilidad entre los cubanos y dentro de ellos durante tantos años. Quizás inevitablemente, el caso de Elián sacó todo esto a la luz para mí[[1]](#footnote-1).

Este tema es, para mí, un proyecto personal, así como político y jurisprudencial: como profesor de derecho Queer y Latino en Miami, comprometido con la justicia social, busco dar coherencia a mi identidad, en parte mediante la construcción de una posición LatCrit y QueerCrit hacia la reconciliación de los cubanos y la reconstrucción de Cuba como una sociedad post-subordinación. Por lo tanto, abordo este ensayo, así como mi estudio más amplio sobre Cuba y los cubanos, desde una perspectiva cubana, además de una perspectiva “LatCrit” y “QueerCrit”[[2]](#footnote-2). Es desde estas perspectivas y con un sentido de propósito reconstructivo que los invito a unirse a mí, y a los cubanos a ambos lados del Estrecho de Florida, en un esfuerzo por trascender la bifurcación insidiosa que las élites de La Habana y Miami han co-construido y co-dirigido desde 1959.

**División y corrupción: Las élites enfrentadas y la batalla del Estrecho**

Desde 1959, con la ascensión del Fidelismo y la salida posterior de refugiados, Cuba y los cubanos han sido comprendidos en gran medida a través del lente unidimensional de la ideología política en el contexto de la Guerra Fría. Sin embargo, en el momento de su ascensión, Fidel y sus compañeros probablemente poseían, y ciertamente profesaban, una visión con integridad de transformación social. Al mirar hacia el fondo de la sociedad cubana, identificaron correctamente la condición de Cuba y los cubanos como subalternos del siglo veinte, un pueblo y una nación sometidos por el peso de historias coloniales y sus legados capitalistas perdurables—la herencia conjunta del imperialismo español y norteamericano. Mientras que sus predecesores inmediatos en los pasillos del poder en La Habana se habían preocupado principalmente por la acumulación simple de riqueza y poder, Fidel y sus compañeros se enfocaron, en un principio, en la centralidad de la soberanía nacional y en los derechos socioeconómicos, como elementos fundamentales en el diseño y la consecución de una sociedad cubana post-subordinación. Aunque persisten diferencias de opinión sobre este tema, probablemente sea una esencialización burda insistir en que Fidel y sus primeros compañeros eran meramente ambiciosos de poder y éticamente corruptos desde el principio.

Al mismo tiempo, los primeros exiliados y sus familias—aquellos que conformaron la “primera” ola del éxodo cubano post-Fidel—también estuvieron, muy probablemente, motivados por una visión y por temores que poseían y profesaban con sinceridad y, en algunos casos, con integridad[[3]](#footnote-3). Los primeros (así como los posteriores) exiliados parecían estar impulsados por una creencia genuina en la agencia política y económica; previeron y temieron no solo la centralización económica, sino también la dictadura política[[4]](#footnote-4). Temieron la pérdida no solo de la propiedad, sino también de la libertad—y tenían razón, pues los dictados de la centralización política y económica han significado que las personas comunes en la Cuba de Fidel no puedan aspirar a personalizar y autodirigir sus vidas individuales, ni en el ámbito político ni en el económico. Por lo tanto, probablemente sea una esencialización igualmente burda insistir en que los exiliados cubanos fueron, desde el principio, meramente una burguesía mezquina y obstinada.

Después de décadas de enfrentamientos estancados, las “élites de La Habana” abarcan principalmente los círculos de poder que controlan las dos instituciones superpuestas que supervisan con autoridad y fuerza toda la vida dentro de Cuba: el gobierno y el partido. Estas incluyen quizás de manera más notable a aquellos funcionarios con el poder de conducir las relaciones económicas y políticas con el mundo externo a la isla. Su contraparte, las “élites de Miami”, comprenden un grupo heterogéneo de empresarios—en su mayoría, pero no exclusivamente, hombres—y políticos (también, en su mayoría, hombres) que han acumulado dinero o posición en este país y que utilizan su influencia socioeconómica de manera estratégica y metódica para promover su lucha política contra el monopolio social, económico y político de las élites de La Habana.

Ambas élites se han anclado en el fervor nacionalista y lo han invocado para movilizar a sus seguidores. Sin embargo, aunque ambas hablan en nombre del “pueblo de Cuba”, ninguna ha estado dispuesta a aceptar la posibilidad de que Cuba y los cubanos puedan preferir una vida sin ellas. Por el contrario, de manera efectiva han conspirado entre sí para privar de poder a Cuba y a los cubanos.

Debido a la historia, la ideología y las circunstancias, las élites de La Habana y Miami están estructuradas y posicionadas de manera muy diferente. En La Habana, las élites han dependido de su monopolio sobre las prerrogativas que acompañan a la soberanía en este mundo: controlan un estado reconocido globalmente como un país independiente y, por lo tanto, los aparatos del poder estatal. Las élites de La Habana tienen a su disposición herramientas que van desde un cuerpo diplomático hasta servicios armados y de espionaje, además de los poderes fiscales y policiales inherentes a la formalidad del estado.

En Miami, en cambio, las élites han dependido de su influencia focalizada sobre la política de la única superpotencia mundial en un asunto particular: las relaciones con Cuba. Aunque no “poseen” un país como lo hacen las élites de La Habana, las élites de Miami han demostrado una capacidad singular (al menos hasta el caso de Elián) para manipular la política estadounidense en todo lo relacionado con Cuba (y, a su vez, para ser manipuladas por los formuladores de políticas estadounidenses). Así, en instancias limitadas pero cruciales, las élites de Miami han podido activar indirectamente los atributos y aparatos de la soberanía estadounidense, para desestabilizar a las élites de La Habana y afirmar sus propios intereses.

Sin duda, entonces, ambos grupos de élites han cimentado su poder en estructuras formidables de política, materialidad y estado, y ambos las han aprovechado con astucia y con escasos escrúpulos.

Durante décadas, han permanecido atrapadas en un abrazo mortal mutuo, ya que ambas poseen la fuerza suficiente para sobrevivir y luchar indefinidamente, pero ninguna tiene la capacidad suficiente para triunfar de manera definitiva. Aunque están posicionadas de manera muy diferente en sus ideologías y agendas, ambas élites han co-construido un mundo de tensiones suspendidas, indefinidamente, dentro de su atrincheramiento bipolar[[5]](#footnote-5). A pesar de las complejidades internas y las diferencias comparativas, en ambos lados del Estrecho, estas élites duales existen y operan como grupos, personas e instituciones interconectadas. Están impulsadas por plataformas opuestas pero mutuamente reforzadas de luchas políticas y económicas, por el dominio y la dominación. En este estancamiento de alta tensión, ambos agrupaciones de élites, en conjunto, han facilitado el aferramiento mutuo a sus respectivos resortes de poder y privilegio, manteniendo al mundo absorto y atónito.

Estas élites, sin embargo, no representan—ni siquiera intentan hacerlo—a las comunidades múltiples y diversas por las que dicen preocuparse tanto. De hecho, tanto en La Habana como en Miami residen élites que encarnan lo peor de los legados contemporáneos del colonialismo. Ambas sostienen premisas y estructuras de subordinación racistas, sexistas y homofóbicas.

En Cuba, por ejemplo, los cargos de poder, tanto en el gobierno como en el partido, continúan ocupados, en su gran mayoría, controlados y asignados por hombres blancos, abiertamente heterosexuales[[6]](#footnote-6). Lo mismo ocurre en el enclave cubano de Miami[[7]](#footnote-7)—como en todo Estados Unidos, en términos más generales: cada uno es, de manera empírica, ideológica, cultural y sistémicamente heteropatriarcal[[8]](#footnote-8). Además, ambos bandos son elitistas y clasistas—aunque difieren en sus prioridades y jerarquías. En ambos casos, estas élites post/neo/coloniales utilizan el Derecho para afianzar su control sobre la Sociedad. Incrustan sus preferencias personales en la Ley, con el fin de salvaguardar los privilegios que se han arrogado y reproducir la primacía estructural de su grupo dentro del Derecho y a lo largo de la Sociedad.

Mientras que los apologistas a ambos lados del Estrecho de Florida han sido rápidos en emitir defensas apasionadas de las intenciones supremas que justificarían las deficiencias actuales, el hecho sigue siendo que, en más de medio siglo, ni las élites de La Habana ni las de Miami han mostrado mucho interés en una transformación social que pudiera perturbar sus posiciones preferidas, en la cúspide de sus dominios respectivos. En su afán recíproco por estatus, comodidad y triunfo, ambas han deformado o eclipsado su sentido original de ética, convirtiéndose en caricaturas de sus primeros, y quizás alguna vez auténticos, impulsos.

No obstante, o quizás como consecuencia de ello, desde 1959 los cubanos, tanto en la isla como en la diáspora, han sido situados, por sí mismos y por otros, como “a favor” o “en contra” de una u otra de estas élites cubanas, guiadas por intereses propios. Cada vez es más evidente, entonces, que La Habana y Miami representan, para Cuba y los cubanos, una elección entre la espada y la pared.

La Habana, como una roca, ha insistido en que su experimento audaz solo puede existir si “el pueblo” acepta renunciar a su agencia política tanto a nivel individual como nacional—y de manera efectiva, a perpetuidad. Miami, como un lugar implacable, ha insistido en que la agencia humana y la libertad de expresión solo pueden existir si “el pueblo” acepta los preceptos injustos y las incertidumbres del capitalismo desenfrenado, incluyendo la desigualdad social y la pobreza extrema—también de manera efectiva, a perpetuidad.

Estas dos capitales de Cuba y los cubanos han predicado y practicado ideologías que construyen jerarquías de privilegio y poder políticamente “diferentes” pero sorprendentemente similares—estructuras que benefician, de manera sustantiva y estructural, a unos pocos neocoloniales a expensas de una mayoría múltiplemente diversa. A pesar de sus éxitos tangibles, medidos en términos estrechos y egoístas, el tiempo no está de su lado.

**Circo global, división doméstica: Los cubanos y Cuba como deporte y espectáculo**

Mientras que las élites de La Habana y Miami son los principales antagonistas en esta tragedia, el coloso del Norte—los Estados Unidos, su gobierno y su público—representa un conjunto omnipresente de factores que ejercen una poderosa influencia sobre la dinámica del estado bifurcado de los cubanos. Los “yanquis” son tanto espectadores como actores de maneras entrelazadas innumerables.

Las élites que controlan el gobierno de los Estados Unidos, al igual que las élites de La Habana y Miami, son parte integral de este estancamiento. Cuba sigue siendo un punto de dolor singular para los Estados Unidos porque es uno de los pocos países “pequeños” que alguna vez tuvo la audacia y la capacidad de enfrentarse, con éxito, a los Estados Unidos y sus élites. Todo mientras permanecía bajo su sombra, literalmente, y porque lo hizo en el contexto de una bifurcación aún mayor: la Guerra Fría.

Las élites de Miami y sus seguidores han desempeñado, por lo tanto, un doble papel para el gobierno de este país y sus élites gobernantes. Mientras ejercen una gran influencia—y en ocasiones, definitiva—sobre la política de Estados Unidos hacia Cuba, también han sido utilizados como peones o sustitutos cuando los Estados Unidos y sus élites han decidido manipular las visiones rígidas de los exiliados, sobre Cuba, para sus propios fines—y a veces, para propósitos viles. No es una coincidencia, después de todo, que encontremos a cubanos de Miami involucrados en todo, desde el allanamiento de Watergate en Washington D.C. hasta la campaña de la “Contra” en Nicaragua[[9]](#footnote-9).

La “opinión pública internacional” también ha contribuido a la construcción de un marco infructuoso para las élites enfrentadas de Miami y La Habana. Las resoluciones e informes de entidades que van desde las Naciones Unidas hasta Amnistía Internacional reflejan las mismas tendencias que las fuerzas dentro de los Estados Unidos: los grupos de izquierda ayudan a difundir la propaganda de las élites de La Habana y sus aliados, mientras que los grupos de derecha ayudan a difundir la propaganda de las élites de Miami y sus aliados.

Como resultado, muchos en el mundo siguen romantizando el régimen de Fidel como la “víctima” del coloso del Norte y sus títeres de Miami. Muchos otros romantizan a la comunidad exiliada cubana y sus patrocinadores norteamericanos como valientes defensores de la democracia, la libertad y los derechos individuales. Al glorificar su respectivo “bando” en la bifurcación forzada de Cuba, estos sectores refuerzan los puntos de vista rígidos y las tensiones tanto en La Habana como en Miami. Ayudan así a sostenerlas a pesar de sus prácticas corrosivas y corruptas. De este modo, tanto las facciones políticas “domésticas” en los Estados Unidos como la “opinión pública internacional” contribuyen a la co-construcción del antagonismo mutuo de las élites de Miami y La Habana.

**Tiempo e imaginación: Hacia lo negado**

A pesar de la falsedad patente de la dicotomía que las élites insulares y diaspóricas han co-creado y sostenido desde 1959, sus tácticas implacables les han permitido establecer y disfrutar de sus prerrogativas sociales, legales, económicas y políticas dentro de sus respectivos dominios. Han acumulado y movilizado recursos inmensos de todo tipo, los cuales activan y orquestan para librar sus respectivas partes en esta campaña global de relaciones públicas. A través de sus recursos y posicionamiento, han ocupado conjuntamente el centro del discurso público, cada una reclamando ser la “verdadera” representante de los valores y del pueblo cubano.

Bajo esta dicotomía, Cuba y los cubanos son forzados a elegir entre estas dos “comunidades” y sus estructuras de opresión, presentadas como alternativas absolutas y congeladas en el tiempo. La presión sigue siendo poderosa, pero el tiempo no se detiene por nadie ni por nada. Mientras las élites actuales consolidaban su poder y sus posiciones, Cuba y los cubanos, atrapados en las corrientes cruzadas de sus extremos bipolares, también han osado resistir y rechazar a ambos. Hemos osado imaginar posibilidades negadas tanto desde aquí como desde allá.

De hecho, Cuba y los cubanos nunca hemos limitado nuestras visiones de lo posible a las opciones ofrecidas por estos dos bandos enfrentados: desde la instauración del paradigma bipolar actual, los cubanos hemos osado imaginar un futuro libre tanto de la opresión política como de la explotación económica. Lo sé porque fue precisamente esta capacidad de imaginación, y el anhelo de hacerla realidad, lo que llevó a mi padre tanto a apoyar inicialmente el Fidelismo como a huir de su asfixiante control, convirtiéndose en refugiado político y económico pocos años después.

Desde entonces, he aprendido que su ejemplo, aunque personal para mí, no fue ni único ni raro en los primeros días del Fidelismo—ni lo es ahora. Sin embargo, la visión que él y otros como él albergaban ha sido eclipsada a lo largo de estos años. Mientras tanto, las élites de La Habana y Miami se han atrincherado aún más en sus posiciones. En este proceso de mutuo atrincheramiento, estas élites enfrentadas han saboteado sistemáticamente la viabilidad práctica de cualquier enfoque transformador para la construcción de una Cuba libre y democrática.

Por libre y democrática, me refiero a una Cuba plural y abierta que, por primera vez en su historia, repudie de manera sustantiva las estratificaciones tradicionales de la sociedad cubana, cimentadas en ideologías e imperativos coloniales. Por libre y democrática, me refiero, entonces, a una Cuba profundamente imaginada y sistemáticamente negada.

Esta Cuba libre, plural y democrática aspiraría a convertirse en una sociedad igualitaria en los ámbitos político, social y económico, con equidad y dignidad para todos. Un estado y una sociedad así combatirían de manera proactiva la perpetuación de los “ismos” post/neo-coloniales y las estructuras de subordinación instauradas y sostenidas por los sistemas e imperativos del euro heteropatriarcado[[10]](#footnote-10). Una Cuba así respetaría y haría cumplir todos los derechos humanos de todos los cubanos, tal como han sido elaborados desde la década de 1940 en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada tras las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial[[11]](#footnote-11).

**Promesas incumplidas y líneas de fondo: Derechos Humanos, Derechos Cubanos**

Cuba y los cubanos enfrentan una elección falsa, y ambas “alternativas” se asemejan—literal y demográficamente; ambas exigen una subordinación absoluta en términos sociales, económicos y políticos ante élites autoproclamadas. En última instancia, ambas “opciones” están fundamentalmente viciadas de maneras comunes pero distintas: ambas prometen a Cuba y a los cubanos la reivindicación de ciertos derechos humanos a cambio de la renuncia a otros. Ninguna ofrece una sociedad post-subordinación.

 En ciertos aspectos clave, esta elección falsa refleja conceptualmente la estructura de los derechos humanos tal como han sido concebidos y organizados internacionalmente, durante la segunda mitad del siglo veinte—aproximadamente el mismo período en el que La Habana y Miami se han erigido como imágenes especulares a través de las cuales se contempla a Cuba y a los cubanos.

Durante este tiempo, los pactos internacionales han reconocido tres generaciones de derechos humanos:

1. Derechos civiles y políticos, como el debido proceso, la libertad de conciencia y la libertad de asociación, que generalmente requieren que los gobiernos se abstengan de interferir en el derecho de los individuos a participar en la sociedad civil o en el proceso político.

2. Derechos económicos, sociales y culturales, que buscan garantizar los elementos esenciales del bienestar y desarrollo individual, tales como el acceso a la alimentación, la vivienda, la educación, la atención médica, el empleo y la participación en la vida cultural de la comunidad.

3. Derechos de solidaridad y autodeterminación, que se centran en las necesidades colectivas de los individuos como grupos e incluyen principalmente el derecho de un pueblo a elegir su propio gobierno, así como derechos al desarrollo, a la paz y a un medio ambiente saludable.

El contenido preciso de estos derechos sigue siendo indeterminado y debatido. En gran medida, su cumplimiento global es más la excepción que la regla. No obstante, estos derechos son concebidos como indivisibles e interdependientes—no solo no admiten una aplicación selectiva, sino que además dependen mutuamente entre sí para su coherencia práctica y eficacia social[[12]](#footnote-12). Este marco general, por lo tanto, ofrece un punto de partida adecuado para una evaluación crítica y comparativa de la Cuba que las élites cubanas de La Habana y Miami han prometido a los cubanos.

Cuando nos alejamos de la retórica de auto legitimación que engloba el pensamiento de los seguidores de ambos bandos, vemos cómo las élites insulares exigen, en la práctica, que Cuba y los cubanos renuncien a los derechos humanos de primera generación, a cambio de los derechos humanos de segunda generación, mientras que las élites diaspóricas exigen exactamente lo contrario. Ninguna de las dos es abiertamente consciente ni particularmente favorable a los derechos de tercera generación—especialmente aquellos relacionados con el derecho a la autodeterminación. De hecho, los regímenes totalitarios y autoritarios de Cuba, tanto en La Habana como en Miami, violan en espíritu y en práctica el derecho humano fundamental del pueblo cubano a la autodeterminación como nación, pues ninguna de estas élites ha mostrado una disposición seria a permitir que Cuba o los cubanos los expulsen del poder y se los quiten de encima.

En este esquema, las élites de La Habana señalan sus iniciativas en salud y educación, como si brindar mejor salud y mayor conciencia a la población—un logro loable—pudiera sustituir, reconciliar o justificar la negación simultánea del derecho o la capacidad de un pueblo para emplear esa salud y conciencia en proyectos o iniciativas elegidos personalmente, en lugar de aquellos dictados burocráticamente. Las élites de La Habana, en efecto, presumen de su compromiso selectivo con una población más educada y saludable, como si tal población no pudiera ser digna de confianza para gestionar sus propios asuntos, dentro de un orden social políticamente plural y económicamente descentralizado.

Mientras tanto, las élites de Miami recurren a las trilladas consignas del capitalismo neoliberal sobre el “trabajo duro” y la “oportunidad”, para justificar la negligencia estructural frente a la pobreza y otros males sociales relacionados, como la falta de acceso adecuado a la educación y la atención médica, especialmente según identidades grupales (como raza y sexo) y clase económica. Actúan como si la “libertad” política o de expresión pudiera curar o consolar a los enfermos y a los hambrientos. Las élites de Miami, en efecto, han estado conformes con el clásico juego elitista de culpabilización, que expresa lástima por los pobres, pero atribuye la causa de su condición colectiva a sus propios fracasos individuales acumulados—después de todo, “ellos”, al igual que “nosotros”, son “libres” para “trabajar duro” y “salir adelante” en esta “tierra de oportunidades”.

Así, Cuba y los cubanos se encuentran bajo una presión coercitiva por parte de ambas élites para renunciar, e incluso olvidar, derechos básicos e interconectados que los acuerdos internacionales reconocen y prometen a todos los seres humanos.

Si bien esta descripción resumida necesariamente simplifica la realidad, también capta un aspecto fundamental del estancamiento prolongado entre las visiones de Cuba, promovidas por La Habana y Miami. En esta dinámica, ambas visiones comprometen explícitamente la indivisibilidad de los derechos humanos de los cubanos. Aplicadas en la práctica, tanto en la isla como en Miami, ambas también subvierten metódicamente la interdependencia de esos derechos. Ambas exigen que los cubanos renuncien a ciertos derechos para poder asegurar otros. La falsa elección que imponen estas élites se reduce a justicia social versus libertad personal, pero nunca ambas.

 Al mostrarse decididamente más interesados en la autopreservación que en la reconciliación nacional, ambos bandos continúan, con una autocomplacencia moralista. Siembran las semillas de la desconfianza y la discordia persistentes a ambos lados del Estrecho de Florida. Siguen la tradición de la “Gran Mentira”. Ambos han colaborado en la perpetuación de una campaña masiva y fanática para hacernos creer—tanto a nosotros como al mundo—que, sus versiones interesadas de Cuba y los cubanos, representan las únicas, o las mejores, opciones para una reconstrucción poscolonial y post-subordinación de la sociedad cubana.

Mientras ambos pontifican sobre los beneficios que ofrecen, su verdadero objetivo es consolidar su poder y privilegio, vendiendo a la nación cubana una versión incompleta de los derechos humanos, presentada como si fueran derechos cubanos. Sin embargo, como demuestra la historia una y otra vez, los cubanos dicen no a ambos.

 Con el tiempo—y con mucho esfuerzo—Cuba podría emerger de su larga historia de represión como un laboratorio útil, en el que las tres generaciones de derechos internacionales sean respetadas como la herencia indivisible e interdependiente de todos los seres humanos. Con el tiempo, Cuba podría convertirse en un modelo de libertad y justicia para el mundo.

Al final, quizás esta bendición sea el resultado del estancamiento actual entre las élites enfrentadas de La Habana y Miami. En medio del impasse y la incertidumbre, un futuro me parece claro, incluso ahora: un día, los cubanos y Cuba alcanzarán la autodeterminación política y material, tanto a nivel individual como colectivo, con la protección de las tres generaciones o categorías de derechos humanos. Un día, Cuba y los cubanos serán libres de ambas élites y de sus dogmas egocéntricos. Nosotros, el pueblo cubano diaspórico, lo haremos realidad porque es nuestro derecho humano de nacimiento y nuestro destino inquebrantable. La historia y la experiencia—por más irregulares que sean—lo prometen.

1. La huida de niños ha sido una historia larga, incluyendo la ahora legendaria “Operación Pedro Pan”, que facilitó el viaje de miles de niños desde Cuba a Miami. Esta operación representa la única ocasión en la historia de los Estados Unidos en la que el gobierno federal ha delegado su “poder plenario” sobre inmigración a la exclusiva discreción de individuos privados, quienes fueron facultados para otorgar visas en nombre del gobierno de los Estados Unidos. Esta operación explica mi viaje y entrada a este país. Véase, *en términos generales,* YVONNE M. CONDE, OPERATION PEDRO PAN: THE UNTOLD EXODUS OF 14,048 CUBAN CHILDREN (1999). [↑](#footnote-ref-1)
2. Tanto la Teoría LatCrit como la Teoría Jurídica Queer son discursos y posiciones subjetivas en evolución que surgieron dentro de la academia jurídica de los Estados Unidos a mediados de la década de 1990, para estudiar el lugar y las perspectivas de Latinas/os y minorías sexuales múltiples y diversas, respectivamente, en el derecho y la sociedad inter/nacional. Al igual que otras corrientes de la jurisprudencia periférica, la Teoría LatCrit y la Teoría Jurídica Queer aportan una postura antisubordinación al estudio de cuestiones legales y sociales. Véase, *en términos generales,* Francisco Valdes, *Theorizing "OutCrit" Theories: Coalitional Method and Comparative Jurisprudential Experience-RaceCrits, QueerCrits and LatCrits,* 53 U. MIAMI L. REV. 1265 (1999). [↑](#footnote-ref-2)
3. Para una buena visión general, *véase* RICHARD R. FAGEN ET AL., CUBANS IN EXILE: DISAFFECTION AND THE REVOLUTION 75-98 (1968). [↑](#footnote-ref-3)
4. *Véase, e.g.,* SHEILA L. CROUCHER, IMAGINING MIAMI: ETHNIC POLITICS IN A POSTMODERN WORLD, 121 (1997); ALEJANDRO PORTES AND ALEX STEPICK, CITY ON THE EDGE: THE TRANSFORMATION OF MIAMI (1993). El influjo cubano y sus ramificaciones atrajeron a más Latinas/os a Miami en aquellos años. *Véase, e.g.,* Amy Driscoll and Tim Henderson, *Many Lands Give Florida Its Latin Flavor,* MIAMIHERALD, July 25, 2001, en 17A; Andres Viglucci, *Census Shows Increase in Hispanics' Diversity,* MIAMI HERALD, May 10, 2001, en IA. [↑](#footnote-ref-4)
5. Si bien ambas élites operan de manera cohesiva, como confirma ampliamente la experiencia pasada y presente—incluido el caso de Elián—no son necesariamente congregaciones monolíticas de grupos, personas e instituciones. Las élites de La Habana y Miami no siempre funcionan de manera uniforme, ni logran que todos sus seguidores marchen en perfecta sincronía al ritmo de sus líderes. En La Habana, periódicamente surgen informes sobre purgas políticas que reflejan fisuras internas. *Véase, e.g.,* Rey Moseley, *Drug Crackdown Spurs Cuba Purge,* CHI. TRIB., June 30, 1989, en 4M; Juan 0. Tamayo, *Cuba Toughens Crackdown: 'Biggest Wave of Repression So Far This Year,* Miami Herald, Nov. 1I, 1999, en 1A; Juan 0. Tamayo, *Havana Tries to Stem Wave of Boat Escapes,* MIAMI HERALD, July 22, 1999, en 1A; *Cuban Dissidents Complete Human Rights Fast,* Miami Herald, July 17, 1999, en IA. Mientras tanto, en Miami, las transiciones intergeneracionales han provocado divisiones similares dentro de la Fundación Nacional Cubano Americana (CANF), que a menudo ha sido descrita como el crisol de las élites cubanas de Miami. *Véase, e.g.,* Rafael Lorente and Tamara Lyte, *Trade Demands, Loss of Leader Sap Clout of Anti-Castro Cubans in US.,* CHI. TRIB., June 21, 2000, en 8; Christopher Marquis, *Cuban-American Lobby on the Defensive,* N.Y. TIMES, June 30, 2000, en A12; Luisa Yanez, *CANF Board Ponders Future Amid Public Rift,* MIAMI HERALD, July 22, 2001, en 3B; *también véase,* Cynthia Corzo et al., *Foundation riven by dissent among Miami Cubans,* MIAMI HERALD, July 21, 2000, en 1A; Elaine De Valle and Carol Rosenberg, *Ex-CANF Member Explains Resignation,* MIAMI HERALD, July 24, 2001, en 1B; Elaine De Valle and Carol Rosenberg, *CANF Ignites Cuban Media,* MIAMI HERALD, July 25, 2001, en 3A; Fabiola Santiago, *CANF leader claims his late father's legacy but says he doesn't walk in his shadow,* MIAMI HERALD, July 29, 2001, en 1A. No obstante, y a pesar de sus diversas diferencias, ambas élites bipolares han demostrado con el tiempo ser fuerzas y formaciones cohesivas, aunque solo sea por su creciente interés en la autoperpetuación y el engrandecimiento propio por encima de todo—ciertamente por encima de la protección o el avance de los principios que proclaman (o proclamaron) en voz alta. [↑](#footnote-ref-5)
6. *Para una vision general, véase* LOIS M. SMITH AND ALFRED PADULA, SEX AND REVOLUTION: WOMEN IN SOCIALIST CUBA 45-187 (1996); Julie Marie Bunck, *Women and the Post-Cold War Socialism: The Cases of Cuba and Vietnam,* 7 CUBA IN TRANSITION 21, 26-27 (1997), *at* http://Ilanic.ulexcs.edu//a/Cuba/ascelCuba7/bunck.pdf; Debra Evenson, *Women's Equality in Cuba: What Difference Does a Revolution Make?,* 4 LAW AND INEQ. 295 (1986); *también véase,* STATISTICAL RECORD OF WOMEN WORLDWIDE 605-606 (Linda Schmittroth ed., 1991); Nadine T. Fernandez, *The Color of Love: Young Interracial Couples in Cuba,* 23 LATIN AM. PERSP. 99 (1996); Alejandro de la Fuente, *Race, National Discourse, and Politics in Cuba,* 25 LATIN AM. PERSP. 43 (1998); Alejandro de la Fuente, *The Resurgence of Racism in Cuba.* 34 NACLA REP. ON AM. 29 (2001); Sheryl L. Lutjens, *Reading Between the Lines: Women the States, and Rectification in Cuba,* 22 LATIN AM. PERSP. 100, (1995); *National Assembly of the People's Power, Government and Politics of Cuba: A Comprehensive Resource of Cuba's Government Structure, Politics, and Actors* (July 2001), *available at* http://www.cubapolidata. com/gpc/gpcinstitutionalorder.html (last visited Oct. 18, 2002). Al igual que con la supremacía masculina y blanca en la isla, la Cuba actual también conserva su histórico heterosexismo. *Véase, e.g.,* IAN LUMSDEN, MACHOS, MARICONES AND GAYS: CUBA AND HOMOSEXUALITY (1996). [↑](#footnote-ref-6)
7. *Para una vision general, véase* U.S. CENSUS BUREAU, CURRENT POPULATION REPORTS, SERIES P23-205, *Population Profile of the United States: America at the Close of the 20th Century* (U.S. Government Printing Office, 2002); U.S. CENSUS BUREAU; POPULATION PROJECTIONS OF THE UNITED STATES BY AGE, SEX, AND HISPANIC ORIGIN: 1995 TO 2050, *available at* http://www.census.gov/prod/www/titles.htnl#popest; THE CUBAN AMERICAN NATIONAL COUNCIL, A DEMOGRAPHIC PROFILE OF CUBAN AMERICANS (1994); Anthony DePalma, *For Haitians, Voyage to a Land of Inequality,* N.Y. TIMES, July 16, 1991, en Al ; Lydia Martin, *Lifting the Burden of Machismo More Women Speaking Out Against Hispanic Tradition of Patriarchy,* MIAMI HERALD, Feb. 13, 1994, en 11*; Government and Elections,* HISPANIC AMERICANS: A STATISTICAL SOURCEBOGK, 108-09 (2001); Mireya Navarro, *Black and Cuban-American: Bias in 2 Worlds,* N.Y. TIMES, Sept. 13,1997, en A3; Mirta Ojito, *How Race is Lived in America,* N.Y. TIMES, June 5, 2000, en AI;. *también véase,* Karen Branch-Brioso et al., *The Real Power in Dade Despite Hispanic Majority, White Non-Hispanics Hold Sway Control of Key Public, Private Positions Contradicts Image, Herald Survey Finds,* MIAMI HERALD, Sept. 3, 2000, en 1A. [↑](#footnote-ref-7)
8. *Para una vision general, véase* Francisco Valdes, *Unpacking Hetero-Patriarchy: Tracing the Conflation of Sex, Gender and Sexual Orientation to Its Origins,* 8 YALE J.L. AND HUMAN. 161 (1996) Aquí se describen algunas de las normas de sexo, género y orientación sexual que subyacen y animan tanto el androsexismo como el heterosexismo para producir la forma patriarcal de homofobia, o heteropatriarcado, que aún prevalece hoy en las sociedades euroamericanas, incluyendo a los Estados Unidos. [↑](#footnote-ref-8)
9. *Véase, e.g.,* Alfonso Chardy, *Cuban Fugitive Tied to Contras' Supply Delivery,* MIAMI HERALD, Aug. 26, 1987, en 18A; Alfonso Chardy, *Mas Canosa Helped Cuban Exile Contact Contras, Testimony Says,* MIAMI HERALD, May 19, 1988, en 6A; David Lawrence, Jr., *The Man From Watergate,* MIAMI HERALD, June 15, 1997, en 3L; Lourdes Merluza, *Cuban Contras Recruited in Miami,* MIAMI HERALD, June 26, 1986, en 11A; Carol Rosenberg, *Plotter of Bay of Pigs, Watergate Conspirator: 'File and Forget' Castro,* MIAMI HERALD, June 28,2001, en 4A; Andres Viglucci, *Watergate Thief Denies Portrayal in Exile's Book,* MIAMI HERALD, Nov. 20, 1999, en 3B**.** [↑](#footnote-ref-9)
10. *Véase* Valdes, *supra* note 15. [↑](#footnote-ref-10)
11. En ciertos aspectos fundamentales, este cambio vindicaría las revoluciones históricas cubanas contra España, las cuales fueron libradas en nombre de reformas igualitarias. *Para una vision general, véase* THOMAS M. LEONARD, CASTRO AND THE CUBAN REVOLUTION 1-18, 33-66 (1999). [↑](#footnote-ref-11)
12. Por supuesto, el marco de los derechos humanos no es el único—y quizás ni siquiera el mejor—modelo para deconstruir y escapar de la visión estancada que cada bando tiene del otro y que ambos imponen sobre Cuba y los cubanos. Este modelo formal e imperfecto no puede captar cada matiz relacionado con Cuba y su gente—ni pretendo hacerlo en este ensayo. Más bien, el marco de los derechos humanos sirve aquí simplemente como una herramienta útil para acceder, en términos relativamente concretos, a la posibilidad de otro camino, una alternativa hacia la reconciliación de los cubanos y la reconstrucción de Cuba sobre principios positivamente igualitarios y de antisubordinación. En este ensayo, utilizo el marco de los derechos humanos solo como un ejemplo que ilustra parcialmente cómo y por qué las dos visiones dogmáticas de Cuba, promovidas por los dos grupos de élites dominantes, son sustantivamente deficientes—y fatales. *Para una vision general, véase* Makau Mutua, *Terrorism and Human Rights: Power, Culture and Subordination* 8 BUFF. HUMN. RTS. L. REV. 1 (2002); Natsu Taylor Saito, *Considering "Third Generation" International Human Rights Law in the United States*, 28 U. MIA INTER-AM. L. REV. 387 (1996); Berta Esperanza Hernandez-Truyol, *The Rule of Law and Human Rights*, 16 FLA. J. INT’L L. 167 (2004); MARY ANN GLENDON, A WORLD MADE NEW: ELEANOR ROOSEVELT AND THE UNIVERSAL DECLARATION OF HUMAN RIGHTS (2001) (proporciona una historia general de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948). [↑](#footnote-ref-12)